



## Obras publicadas

La Hermandad Ortodoxa "San Sergio" tiene editadas las siguientes obras:

*"La Veneración Ortodoxa de la Madre de Dios"*

Arzobispo Juan Maximovitch (3ª edición)

*"Ecumenismo"* Metropolitano

Vitaly.

*"De la Sucesión y de la Infalibilidad del Papa"*

Monseñor Josef Schtrosmayer (1870) católico romano (2ª edición)

*"La conciencia, voz Divina*

*en el hombre"* Archipreste Alejandro Mileant.

*"Sobre el santo misterio de la Bendición de Óleos o la Unción"*

Metropolitano Vitaly

*Akathistos (Himno para ser rezado de pie) a la Madre de Dios ante su Ícono de Nuestra Señora de Iveria (Del Portal).*

3ª edición.

*"Predicciones proféticas póstumas de San Nilo del Monte Athos"*

(llamado "el vertedor de miro") Archimandrita Alejandro.

*"La Iglesia es una sola"* A. S.Jomiakov.

*"La doctrina cristiana del fin del mundo (escatología) y la vida eterna"*

Archipreste Alejandro Mileant.

*"La monarquía sagrada y el estado secular moderno"* Padre Miguel Azkoul.

*"Los Diez Mandamientos"*.

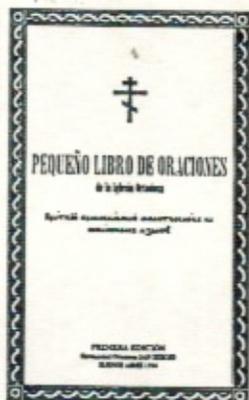
Archipreste Alejandro Mileant.

*Akathistos (Himno para ser rezado de pie) a la Madre de Dios (de la Anunciación).*

1ª edición.

*Pequeño libro de oraciones de la Iglesia Ortodoxa*

1ª edición.



Próximo a publicar

*Catecismo para niños.*

*En la mesa de las velas se encuentran en venta también, cruces y medallas de Nuestro Señor, de la Madre de Dios y de San Vladimiro y Santa Olga.*

La revista "HERMANDAD ORTODOXA SAN SERGIO" es una publicación de la Hermandad del mismo nombre, fundada por miembros de la Catedral de la Santísima Trinidad, dependiente de Monseñor Juan, obispo para la Argentina y Paraguay, del Sínodo de Obispos de la Iglesia Ortodoxa Rusa en el Extranjero, presidido por **S. E. R. Metropolitano Vitaly**.

Las contribuciones o donaciones: dentro del territorio argentino enviarlas a nombre de Alejandro Iwaszewicz (Brasil 315, C. P. 1154, Buenos Aires - Argentina).

En el exterior rogamos enviar cheques exclusivamente a nombre de Alejandro Iwaszewicz (2600 Oakview Dr., Rochester, New York 14617, U. S. A.). Encarecemos NO girar ni enviar por correo a la Argentina valores del exterior.

Copyright 1994. Propiedad intelectual. Prohibida la reproducción total o parcial.



*La Cruz es nuestro escudo y nuestra arma, y nuestro símbolo de la victoria contra el demonio. La Cruz es la señal que tenemos para que el ángel exterminador no nos toque. La Cruz levanta a los caídos, sostiene a los que están en pie, sustenta a los débiles, ri-*

*ge a los pastores, es guía de los que comienzan, perfección de los que acaban y salud del alma y del cuerpo, destrucción de todos los males, raíz y causa de todos los bienes, muerte del pecado, árbol de la Vida y fuente de nuestra bienaventuranza.*

San Juan Damasceno



## HOMILÍA SOBRE LA TRANSFIGURACIÓN

*San Gregorio Palamas*

En este día que festejamos la Santa Transfiguración de Cristo sobre la montaña, nuestro discurso estará consagrado a la Luz que allí brilla, porque sus adversarios son numerosos, y contra ella libran un gran combate.

Es preciso saber a partir de qué día el santo apóstol y evangelista Mateo cuenta los seis días que precedieron a la transfiguración del Señor. Es después del día en que dijo a sus apóstoles: "El Hijo del hombre debe venir en la Gloria de su Padre, con sus ángeles y entonces dará a cada uno según sus obras. En verdad os digo, algunos de los que están aquí presentes no morirán sin haber visto al Hijo del hombre venir en Su reino". Diciendo esto habla de su propia transfiguración y llama a esa Luz: Gloria y reino del Padre. El santo evangelista Lucas relata también el hecho y lo cuenta claramente. ¿Pero cómo ensamblarlos, porque uno dice claramente que pasaron ocho días entre el anuncio y el día del esplendor, mientras que el otro afirma que fueron seis días? (S. Mateo 16: 27-17: 1; S. Lucas 9: 26-28).

Escuchad bien y comprended. Eran ocho en la montaña, aunque sólo seis visibles. Los que subieron con Jesús eran tres: Pedro, Juan y Santiago. En la cima vieron a Jesús y conversando con Él a Moisés y Elías: esto hace seis personas en total. Pero con el Señor están siempre invisibles pero presentes el Padre y el Espíritu Santo, uno da testimonio por su propia voz diciendo: "Éste es mi Hijo bienamado", y el otro brillando en la nube luminosa muestra que esa Luz simple es connatural al Hijo y al Padre. Pues esa connaturalidad hace su riqueza y uno es el impulso de su esplendor. Por eso los seis son ocho. Por lo tanto no hay ninguna divergencia entre los números seis y ocho y los evangelistas San Mateo y San Marcos no se contradicen con San Lucas, cuando unos dicen "seis días después" y el otro, "alrededor de ocho días después de que habló así". Cada uno de ellos nos da una visión de lo que pasó sobre la montaña en el misterio, pero visiblemente también.

Aquel que quiere atenerse a la letra hace igualmente

bien y podrá decir que los predicadores se confirman uno con otro. Cuando San Lucas dice "ocho días", no contradice a los que han dicho "seis días después", porque incluye en ese total el día del discurso y el de la transfiguración del Señor.

Pero hay otra cosa grandiosa y escondida, y que parece contradecir la opinión de muchos. Tenéis que prestar atención a lo que se va a decir, todos vosotros que tenéis espíritu agudo, para entender porqué uno dice "después de seis días" y el otro, sobrepasando hasta el séptimo, menciona, el octavo día. La gran visión de la Luz de la transfiguración del Señor nos introduce en ese octavo día que es el misterio del siglo venidero, el reposo que sigue a la creación del mundo en seis días y al que llegamos sobrepasando nuestras facultades sensoriales que operan por los seis sentidos; porque en efecto, a nuestros cinco sentidos se agrega el que produce la palabra exterior, el *Logos Proforikos*, que perfecciona así por el "6" la operación de nuestra sensación.

El reino que Dios ha prometido está por encima de toda sensación, de toda palabra. Solamente después de haber llevado a buen término esta excelente actividad-reposo de nuestros seis sentidos, cuyo valor está enriquecido por el séptimo día, aparece entonces en el octavo y en toda la potencia de su energía, el reino de Dios.

A esta potencia del Espíritu divino, que hace ver el reino de Dios a los que son dignos, se refiere el Señor cuando dice: "Algunos de los que están aquí presentes no morirán antes de ver al Hijo del hombre venir en Su reino" (S. Mateo 16: 28).

El Rey del universo está presente en todas partes. Su reino está también en todas partes, y cuando viene su reino, esto no quiere decir que se trata de un lugar determinado, sino mas bien que aparece por la potencia del Espíritu divino. Por eso el Señor dice: "Vendrá con poder". Este poder, esta potencia, no va hacia cualquiera sino hacia los que están junto al Señor, es decir los que están enraizados en su fe: los Pedro, los Santiago, los Juan, aquellos que el Verbo lleva a una montaña elevada, que sobrepasa nuestra bajeza natural. El narrador dice que Dios se muestra sobre la montaña. Allí desciende, como desde la altura de su observatorio, para penetrar en la naturaleza que ha nacido de la tierra, así como en una plaza fuerte, Él a quien nada puede contener. Esto no es una visión del espíritu humano; es una visión muy superior, que lo trasciende, porque está realizada por la potencia del Espíritu divino. Por eso no aparece para desaparecer enseguida, tampoco puede ser limitada. La Luz de la transfiguración del Señor no puede depender de una potencia sensible, aunque fuese percibida por ojos corporales, durante poco tiempo, en la cima de la montaña...

Los que no pudieron ver la Luz blasfeman ahora y llaman sensible y creada, a esa potencia que los discípulos preferidos vieron en el momento de la transfiguración del Señor. Rebajan al rango de criatura, no sólo a la Luz que

es la Gloria y el reino de Dios, sino también a la potencia del Espíritu Santo por la que las cosas de Dios son reveladas. Ellos no escucharon, no creyeron lo que dijo San Pablo: "son cosas que el ojo no ha visto, que el oído no ha escuchado y que no ha subido al corazón del hombre, sino que Dios ha preparado a los que Lo aman. Dios nos las ha revelado por el Espíritu, pues el Espíritu sondea todo, hasta las profundidades de Dios" (I Corintios 2: 9-10).

Cuando llegó el octavo día, el Señor tomó con Él a Pedro, Santiago y Juan, y subió a la montaña para orar. Aunque siempre está con todos, Él se separa, para orar solo, hasta de los apóstoles, como hizo cuando alimentó los cinco mil hombres con mujeres y niños, con cinco panes y dos peces. Entonces obligó a sus discípulos a subir a la barca, y Él mismo se fue a la montaña para orar. Toma solamente algunos discípulos para anunciarles su Pasión salvadora, diciendo a los otros: "Quedaos aquí mientras yo voy a orar". Toma con Él a Pedro, Santiago y Juan, sube con ellos a una alta montaña y se transfigura ante sus ojos. "¿Qué quiere decir Él se transfigura?" - pregunta San Juan Crisóstomo el Teólogo. Y dice: "Él quiso entreabrir un poco el velo de la divinidad para mostrar a los iniciados al Dios que allí habita". Mientras oraba, dice San Lucas, su aspecto se transformó. Brilló como el sol, escribe San Mateo. Dice "como el sol", para que nadie pueda pensar en la luz sensible y - que Dios nos guarde de la ceguera de la inteligencia - tome por potencias superiores los fenómenos sensibles. Es para hacernos comprender que, como los que viven en los sentidos por estos sentidos ven el sol, los que viven en y por el Espíritu, por Él ven a Cristo que es Dios. Para los que ven a Dios en su visión, no es necesaria otra luz. Convertidos en eternos no tienen necesidad de ninguna otra luz que Él. ¿Por qué los que tienen la Luz esencial necesitarían una luz secundaria?

Solamente el espíritu purificado puede contemplar la belleza verdadera y más que amable que rodea a la naturaleza bienaventurada y divina. El que alcanza eso, comulga con los resplandores y las gracias, y en él se produce algo así como el resplandor del sol, como cierta expansión, como cierta coloración de su aspecto común. Moisés también, mientras conversaba con Dios, tuvo el rostro cubierto de gloria. Cuando Moisés subió a la montaña y vio la Gloria de Dios, fue transfigurado. Pero él fue transfigurado, soportó la transfiguración, no la realizó. Esto me lleva a la claridad justa de la verdad: ver y probar el brillo del esplendor de Dios. Nuestro Señor Jesucristo poseía, en Sí mismo, esta Luz. Él no tenía necesidad de orar para que la Luz divina ilumine su cuerpo, ya que los santos reciben el esplendor de Dios que se muestra en la medida en que ellos pueden llevarlo. Así brillarán los santos, como el sol, en el reino de su Padre, convertidos todos en esa Luz divina, frutos de la Luz divina. Ellos verán a Cristo resplandeciendo divinamente e indeciblemen-

te más allá de toda luz, y la Gloria que emana naturalmente de su divinidad es la misma que la que brilló de su cuerpo en el monte Tabor, por la eternidad de su Persona divina (hipóstasis). Su rostro brilló con esta Luz, como el sol.

Aquel que brilló con esta Luz la mostró increada, ya que la llamó *reino de Dios*. El reino de Dios no es ni criatura, ni servidor. Nada domina sobre él; es invencible, está fuera del tiempo y de los siglos. Ninguna ley puede regirlo, nada puede alcanzarlo, ni siglos ni tiempos. Según nuestra creencia, esa es la herencia de los liberados.

Después de transfigurarse, después de haber brillado y mostrado su Gloria espléndida, su Luz, el Señor quedó solo con sus apóstoles sobre la montaña. ¿Habrá recibido y guardado entonces cierta luz, desde entonces y en el curso de los siglos, que antes no tenía? Lejos de nosotros tal blasfemia, porque si alguien dijese eso pensaría que Cristo tiene tres naturalezas: la divina, la humana y la de la luz. ¡No! no es otro esplendor lo que Él reveló, la Luz que Él poseía y que guardaba escondida. Él escondía bajo su carne el esplendor de su naturaleza divina. Esa Luz era la divinidad, y es increada. Cuando Cristo se transfiguró, según los teólogos, no asumió lo que no tenía, no se transformó en lo que Él no era, sino que reveló a sus discípulos lo que Él era, les abrió los ojos, transformó los ciegos en videntes.

¿Ves tú como, ante esa Luz, los ojos que sólo ven según la carne permanecen ciegos? Como esa Luz no era sensible, los que la veían no lo hacían con los ojos comunes, sino con los ojos transformados por la potencia del Espíritu divino. Debido a esa transformación que está contenida en la ascensión misma de nuestra naturaleza humana deificada por la unión con el Verbo de Dios, ellos vieron.

Además ¿aquella que concibió siendo virgen, que dio a luz de una manera extraña, acaso no sabía que Aquel que había nacido de ella asumía la carne? ¿Y Simeón que lo recibió en sus brazos cuando era criatura de pecho? ¿Y la anciana Ana que corrió a su encuentro? El poder divino que aparecía como a través de una envoltura de vidrio esclarecía a aquellos que tenían los ojos del corazón purificados.

Otra cosa más. ¿Por qué el Señor toma a sus discípulos y los lleva a ellos solos y aparte? ¿Acaso no es para revelarles algo grande y escondido? ¿Qué es lo que es grande y está escondido? ¿Es la visión de la luz creada de la que gozan ya los que suben a la montaña como los que quedaron abajo?

¿Por qué entonces la intervención de la potencia del Espíritu Santo, su ayuda; por qué la inversión de los ojos

si la Luz que ellos debían contemplar era sensible y creada? ¿Cómo puede ser la Gloria y el reino del Padre y del Espíritu la luz percibida por los sentidos? ¿En qué especie de reino y de Gloria vendrá Cristo en el siglo futuro, cuando el aire, la luz, los lugares o todas otras cosas de este tipo no serán más necesarias, cuando, según el apóstol, el reino será "*Dios en todo y en todos*", por lo tanto en lugar de todo y de la luz misma?

Una vez más, vemos que la Luz del Tabor es la de la divinidad. Entre los evangelistas, San Juan, el Teólogo por excelencia, nos muestra en su Apocalipsis, la futura ciudad eterna, que no tiene necesidad ni de sol, ni de luz, para alumbrarla, porque la Gloria de Dios la alumbrará y el Cordero es su antorcha. ¿No es eso lo que Jesús nos mostró claramente cuando se transfiguró divinamente sobre el Tabor? ¿La lámpara no era acaso su Cuerpo y la luz la Gloria de la divinidad que mostró a sus discípulos sobre la montaña? A propósito de los que habitan esa ciudad, San Juan dice: "*No tendrán necesidad ni de la luz de una lámpara, ni de la luz del sol, porque el Señor los alumbrará. La noche no será más*" (Apocalipsis 21: 23-25).

Y díganme, ¿cuál es esa Luz en la que "*no hay ni variación, ni sombra de cambio*" (Santiago 1: 17)? ¿Qué es esa Luz que no declina y que no varía? ¿Acaso no es la divinidad?

¿Cómo Moisés y Elías - Moisés presente en alma y no corporalmente - fueron vistos en la Gloria? ¿Es a través de la luz sensible? Sin embargo ellos fueron vistos en la Gloria, conversando sobre la muerte que Jesús debía sufrir en Jerusalem. ¿Cómo hubiesen visto y conocido los apóstoles esas cosas, si no es mediante el poder revelador de esa Luz?

Es bueno creer lo que nos ha sido enseñado, para penetrar en la inteligencia de la Transfiguración del Señor y para caminar después hacia el brillo de la Luz, prendados de la belleza de la Gloria inmutable, el ojo de nuestro espíritu purificado de las manchas terrestres. Despreciemos todo cuanto para nosotros es agradable y que nos seduce, sin estabilidad, que procura el dolor eterno, que al mismo tiempo que es provechoso para el cuerpo, reviste al alma con la túnica deformada del pecado. El que no haya vestido el vestido incorruptible de las bodas, será echado, con los pies y las manos atados, en el fuego y las tinieblas exteriores. Nosotros, seremos liberados por el esplendor y el conocimiento de la Luz inmaterial y eterna de la Transfiguración del Señor, en su Gloria, la de su Padre eterno y del Espíritu que da la vida, cuyo esplendor es uno y único, lo mismo que la Divinidad, la Gloria, el Reino y el Poder, en los siglos de los siglos. ¡Amén!



## *Acerca de la conducta en el templo*

El templo de Dios es casa de oración, por ello todo en él debe estar cubierto de devoción, santificado con el espíritu de oración ardiente. Todo lo que perturba la oración debe ser alejado del templo.

¡Imposible es nombrar todo lo que perturba! Pero tampoco es necesario. La conciencia le indicará a cada uno cómo comportarse en la Casa del Señor. Mencionaremos sólo lo más importante.

En el templo no se puede hablar. Tal es el precepto legado por los santos. Cualquier conversación sobre temas circunstanciales, aun cuando no ocurren durante el oficio divino, agravan la santidad del templo.

Por ello, si es imprescindible hablar durante el oficio, y no se puede dilatar la conversación, entonces es mejor salir del templo. Si es necesario hacer una indicación o pedir algo, corresponde hacerlo en susurro y lo más brevemente posible.

Tampoco se puede molestar a los que oran caminan-

do de un lado a otro, tosiendo sonoramente, tintineando con el dinero que se deposita en el plato de la colecta, etc. Con voluntad no es difícil evitar todo esto. El templo tampoco es lugar para saludos, apretones de mano o presentaciones. Todo ello se puede hacer después del oficio.

También hay que evitar trajes, cosméticos y perfumes llamativos. Esto no se hace en nombre del Señor, ni para la oración, sino para aquello sobre lo cual es pecaminoso pensar en el templo de Dios.

Los ortodoxos eslavos, en general, desde siempre se preocuparon por el esplendor del arreglo del santo templo. Pero el arreglo más valioso ante los ojos de Dios es la veneración silenciosa y la oración ardiente. Esto es lo que debe preocuparnos en primera instancia ya que la Santa Iglesia ora sólo por aquellos que entran al templo con fe, devoción y temor de Dios.

Extraído de "Mensajero Ortodoxo"  
(Nº 13-14, junio - julio, 1988)

\* \* \*

## **Recordatorio para los cristianos ortodoxos**

1. Recuerda que tú eres hijo/a de la Iglesia Ortodoxa. Estas no son palabras vanas. Recuerda las obligaciones que ello implica.

2. La vida terrenal es fugaz. Pasará rápidamente sin que siquiera te des cuenta. Pero ella determina el destino eterno de tu alma. No olvides esto ni por un minuto.

3. Trata de vivir piadosamente. Ora a Dios en el templo, ora a Dios en tu casa, con devoción, fe y lealtad a la voluntad del Señor. Cumple con las santas y salvadoras normas de la Iglesia, sus reglas y mandamientos. Fuera de la Iglesia, fuera de la obediencia a ella no hay salvación.

4. El don de la palabra es un gran don de Dios. Ennoblecete a la persona, la eleva inmensurablemente por sobre las demás criaturas terrestres. Pero ¡cómo abusa de él la corrupta humanidad! Cuida de este don y sabe usar la palabra cristianamente. No juzgues, no hables en vano. Teme al insulto y las conversaciones seductoras como al fuego. No olvides las palabras del Señor, nuestro Salvador: "por vuestras palabras os justificaréis y por ellas os juzgarán". No permitas la mentira. Las Sagradas Escrituras previenen severamente: "El Señor destruirá a todo el que dice mentiras...".

5. Ama a tu prójimo como a ti mismo, según el mandamiento del Señor. Sin amor no hay Cristianismo. Recuerda: el amor cristiano es abnegado y no egoísta. No pierdas la ocasión de hacer actos de amor y misericordia.

6. Se modesto, limpio y casto en obras, palabras y pensamientos. No imites a los corruptos. No tomes ejemplo de ellos, aléjate de su compañía. No tengas trato con los infieles a menos que sea necesario - la falta de fe es contagiosa. Se modesto y decoroso siempre y en todo lugar, no te contagies de los hábitos desvergonzados de nuestros días.

7. Teme y evita la vanidad y el orgullo. El orgullo precipitó de los cielos al más grande y más poderoso de los ángeles. Tú recuerda: "polvo eres y al polvo irás". Humíllate profundamente.

8. El objetivo fundamental de la vida es salvar el alma para la eternidad. Que sea ésta la misión primordial de tu vida. Desdichados los que destruyan sus almas con indolencia y despreocupación.

¡Que el Señor te bendiga y te ayude!

*Tu padre espiritual Metropolitano Filareto.*

## ¿QUÉ DEBO HACER PARA SALVARME?

Padre Miguel Azkoul

El ortodoxo generalmente no se hace esta pregunta. Históricamente, es una pregunta Protestante. La Reforma del siglo XVI les contestó parcialmente: No "la Iglesia", lo más seguro, no la que conocieron Lutero y Calvino, y tampoco "la Iglesia Papal de la Edad Media". Los que plantearon esta pregunta no se la hicieron a la Ortodoxia, porque en su ignorancia, no veían diferencia de ninguna clase entre los *Griegos* y los *Romanos*.

Aún siguen planteándose los Protestantes la misma pregunta - si hay que plantearse - : "¿Qué debo hacer para salvarme?". Están perfectamente en lo cierto de que eso depende de un "nacer nuevo", convirtiéndose en una "criatura nueva" en Cristo. Desgraciadamente, ellos insisten en que lo único que se requiere es la fe. Y han definido a la fe en términos completamente subjetivos, como un sentimiento, como una confianza interior, como una seguridad. Ellos *saben* que están salvados porque "creen en el Señor Jesús, el Cristo, como mi Salvador personal". Esa idea acerca de la fe ignora el resto de virtudes que Dios exige, así como todos los mandamientos y enseñanzas que Él nos ha dado para que los obedezcamos. Esa idea igualmente incluye la idea de Martín Lutero de "solamente la fe" para salvarse.

Más aun, el Protestantismo clásico enseñó que somos salvados por predestinación, es decir, Dios ha determinado quién se salvará y quién se condenará. Él no tiene en cuenta nuestra conducta, ni nuestra pertenencia a cualquiera de las denominaciones en cualquier parte de la *iglesia terrena* que tenga alguna relación con su elección. Verdaderamente, es Dios quien da la fe por la cual somos salvados. Ellos pretenden encontrar esta *verdad* en la Biblia: *El Libro* que los historiadores conocen como autorizado por la Iglesia.

El Catolicismo Romano, por otra parte, se ha ido al otro extremo. En lugar de subjetivismo e individualismo, ofrece filosofía y colectivismo. La salvación está íntimamente vinculada con el Papa, pertenencia a un estado eclesiástico, cuyo jefe pretende ser el sucesor de San Pedro, Vicario de Cristo, "Obispo de Obispos, Obispo de la Iglesia Católica". Es cierto que los teólogos de Roma han insistido en que la salvación incluye la Eucaristía, la fe, el amor, la esperanza; sin embargo, no solamente tales ideas han sido definidas a su modo, sino que de hecho no pueden ser salvados sin el Papa. En palabras de Bonifacio VIII, "declaramos,

testimoniamos, definimos y pronunciamos que es juntamente necesario para la salvación de toda criatura humana estar sujeta al Romano Pontífice" (*Unam Sanctam*, 1302).

Nosotros, los ortodoxos, creemos que es necesario para toda criatura humana su pertenencia a la Iglesia de Cristo para ser salvada. Ella es "el Cuerpo de Cristo", "una generación escogida, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo muy especial" (I Pedro 2: 9). Ella es el nuevo Israel en virtud de la nueva Alianza en su Sangre. Ella es la fraternidad orgánica de creyentes, "la Viña", "el Rebaño" y Ella es el Templo en que mora el Espíritu Santo, la Fuente de su Verdad y Unidad (Juan 15: 26). Ella es "el fundamento y la columna de la Verdad". Ella es aquella contra la cual no puede prevalecer el infierno, que posee todo poder en el cielo y en la tierra, el Poder de remitir o retener el pecado, la Iglesia que es el principio de la nueva creación, el reino de Dios, la Jerusalem celestial.

La Iglesia Ortodoxa es la salvación. Ella es la Vida de Cristo extendida a la humanidad. La Vida, iniciada por el Bautismo y sustentada por la Eucaristía, es también el *Camino* - incluso igualmente que Cristo es el Camino, la Vida y la Verdad. Esto quiere decir que la salvación es un proceso - la Iglesia es el *Camino* a través del cual cada miembro se convierte "en un hombre perfecto", según la medida de su plenitud y estatura (Efesios 4: 12-13). La perfección es posible, porque Ella es su Cuerpo y el Espíritu habita allí.

Por consiguiente el *nacer de nuevo* es una condición continua de cada persona dentro de la Iglesia. La Perfección llega por medio de la adquisición del Espíritu Santo o, como San Pablo escribió, "por la purificación, regeneración y renovación del Espíritu Santo" (Tito 3: 5). Por lo tanto no nos convertimos en simplemente buenos, personas éticas, sino que logramos gradualmente una nueva *conciencia* religiosa y un nuevo nivel de nuestro ser. En su *Comentario a la Epístola a los Gálatas* (capítulo 3, PG 61 656), San Juan Crisóstomo escribió:

"Considerad cuán grande es la potencia de la fe y de qué manera el Apóstol revela ese poder cuando escribe. Él ya había expuesto que la fe nos convierte en hijos de Abraham: 'Sabed, pues, que los que son de la fe, son hijos de Abraham' (Gálatas 3: 7). Ahora manifiesta que son también hijos de Dios: 'Vosotros todos sois por vuestra fe, hijos de Dios en Cristo Jesús'. Por la fe, no por la ley.

Entonces, desde el momento en que esto es una cosa tan grande y maravillosa, él explica el modo de adopción. 'Todos vosotros que fuisteis bautizados en Cristo, os vestís de Cristo' (3: 27). ¿Por qué no dice: 'Todos vosotros que fuisteis bautizados en Cristo, sois nacidos de Dios'? Porque esto es lo que debiera decir para mostrar que ellos son hijos. Pero Pablo desea afirmar esta verdad de una manera más gráfica e impresionante: pues si Cristo es el Hijo de Dios, y vosotros os habéis vestido de Cristo, entonces, desde que tenéis el Hijo en vosotros y os habéis asimilado a Él, sois de la misma familia y semejanza que Él.

'En Él no hay ni judío, ni griego, ni esclavo, ni libre, ni hombre, ni mujer: pues vosotros todos sois una persona en Cristo Jesús' (3: 28)... Todos vosotros no tenéis más que una forma, una semejanza, que es Cristo. ¿Podría alguien encontrar una declaración más asombrosa? El que antes era nada más que un Griego, o un Judío, o un esclavo, ahora lleva consigo la semejanza, no de un ángel, o de un arcángel, sino la del Señor de todo; ¡en su propia persona es la misma imagen de Cristo...!'

Por consiguiente, la salvación es societaria, no individual. "Podemos condenarnos solos", exclamaba Alexei Jomiakov, "pero somos salvados juntos". Somos salvados en esa *koinonía* que es la Persona

de Cristo. Somos salvados porque nos convertimos en Cristo - "un pequeño Cristo", en Cristo; un "hijo de Dios" en el "Hijo de Dios". Pero Cristo, aunque uno, tiene muchos miembros "y todos los miembros de ese cuerpo uno, siendo muchos, son un solo cuerpo: por tanto también Cristo" (I Corintios 12: 12). El lazo de unidad es el Espíritu Santo que trabaja en uno y en todos para la perfección de uno y de todos.

Finalmente, pues, la salvación es mucho más que la conversión a una nueva moralidad, actuando individualmente, sin cambiar el objetivo de gracia interiormente. De acuerdo con la célebre máxima de los Santos Padres - "Dios se hizo Hombre, para que el hombre pudiera hacerse dios". Nosotros somos deificados en Cristo, en la Iglesia: la salvación nos está convirtiendo "como Dios" - inmortal, incorruptible, sin pecado, santo, un nuevo estado de ser realizado por medio de la oración, de la adoración, del conocimiento, del ayuno, de la negación de sí mismo y de la obediencia. La Iglesia crea el hombre nuevo en los Misterios y en la Verdad. La salvación es vida eterna por medio de la Iglesia, la ciudadela de la Gracia, la morada del Espíritu, la "morada de Dios" a través de cuyos portales (para usar las palabras de San Gregorio de Niza) "la luz de la verdad salvadora brilla".



## Cómo prepararse para la Comunión

### Ayuno:

Para el sacramento de la Santa Comunión es imprescindible prepararse con ayuno, o sea con oración, abstinencia y sentido de humildad cristiana en espíritu y comportamiento. Además, confesarse.

### Oración en la casa y en la iglesia:

Los que desean comulgar en forma correcta con los santos y preciosos Dones de Cristo deben prepararse, por lo menos una semana antes, orando más frecuentemente y con más fervor en su casa a la mañana y a la noche. También, de acuerdo con sus posibilidades, acudir a la iglesia durante la semana si hay oficios. Si las ocupaciones o el trabajo dificultan la concurrencia al templo,

se acudirá conforme con lo que permitan tales obligaciones, pero se debe acudir sin falta al oficio de vigilia el día anterior a la liturgia en la que uno desea comulgar.

### Abstinencia:

A la oración se le une el ayuno, o sea, la abstinencia de los alimentos de origen animal (carne, leche, manteca, huevos, etc.) y, en general, se debe ser medido en las comidas. Hay que comer y beber menos que de costumbre.

### Espíritu y comportamiento:

Los que se preparan para la Santa Comunión concientemente y en lo más profundo deben aceptar su iniquidad, su insignificancia

frente a Dios. Deben hacer las paces con todos y cuidarse, tratando de no despertar en ellos mismos el sentimiento de odio e intemperancia. Se esforzarán en no juzgar, vigilando pensamientos y conversaciones. En esos días, se debe renunciar a las distracciones, espectáculos o fiestas que puedan dar motivo para caer en el pecado (teatro, cine, televisión, etc.). Deben reflexionar sobre la grandeza del sacramento del Cuerpo y la Sangre de Cristo pasando el tiempo en forma reservada, en la lectura de las escrituras y de libros religiosos de acuerdo, sinceramente, con sus posibilidades.

#### Confesión:

Quien se prepara para la Comunión debe confesarse el día anterior, preferentemente antes de las vísperas. Llegar con arrepentimiento sincero frente al sacerdote, abriendo su espíritu con corazón limpio, sin ocultar ningún pecado cometido. Antes, hay que hacer las paces con los que nos ofenden y con los que hemos ofendido. El perdón se pide así: "Perdóname a mí pecador por que he pecado delante de ti". A lo que se contesta: "Dios te perdona, perdóname a mí, pecador". Durante la confesión es mejor no esperar las preguntas del sacerdote, sino comenzar a decir lo que pesa en el alma, sin justificarse ni echar culpas a otros. Se aconseja, confesar siempre primero lo que nos da más vergüenza y de ahí en más seguir. De esta forma, habiendo manifestado el más grave de los pecados, le es mucho más fácil al confesante continuar con su confesión. Lo primero que debemos confesar (aparte de todo otro hecho sucio y vergonzoso) es que a Dios no lo amamos como Él nos ama, porque si lo amásemos, entonces no nos comportaríamos como lo hacemos. En esto reside el verdadero temor de Dios, o sea el temer hacerle daño al Creador, Quien nos ama y al que amamos, con nuestros pecados. Es mejor confesarse en la vigilia, para dedicar la mañana a la oración antes de la Comunión. En casos excepcionales puede uno confesarse a la mañana, antes de la liturgia, conviniéndolo con el sacerdote, pero nunca durante el desarrollo de la misma (se permite esto sólo en casos extremos). Concurrir a confesarse cuan-

do la liturgia ya comenzó, es una falta de respeto hacia el Grandioso Sacramento (salvando las distancias, recordad que si llegáis alguna vez tarde a algún espectáculo, no os dejan entrar a la sala ¿Qué es más importante? Recordad también la parábola de las diez doncellas [S. Mateo 25: 1-13]).

Habiendo confesado, se debe tomar sin falta la firme decisión de no repetir los antiguos pecados.

Sin confesión nadie puede comulgar, excepto los que están en peligro de muerte.

Existe la costumbre piadosa de no comer ni beber después de la confesión y antes de la Comunión. Y por supuesto no mutilar al cuerpo con el cigarrillo y otro tipo de vicios que aprisionan al hombre.

Sin excepciones, se prohíbe todo esto después de la medianoche. Hay que enseñar a los niños, desde la edad más temprana, la abstinencia y el ayuno antes de la Comunión. Muchos cristianos piadosos se abstienen del diálogo, después de la confesión y hasta salir del templo en el día de la Comunión.

#### Antes de la Comunión y en su transcurso:

Antes de la apertura de las Puertas Reales y de la presentación de los Santos Dones, preferentemente después del "Padre Nuestro", el comulgante debe acercarse al "ambón", para esperar los Santos Dones con fe, devoción y temor de Dios. En el momento de tomar la Comunión, se deja paso en primer lugar, a los recién bautizados, luego a los niños. Acercándose al Cáliz, desde lejos, los días domingo y los festivos, se hace una reverencia. Los días comunes, una postración. Las manos se cruzan sobre el pecho en forma de cruz apoyando la izquierda sobre la derecha. Frente al Cáliz, se pronuncia claramente el nombre recibido con el bautismo y con grave conciencia del sagrado momento que se está viviendo frente al Sacramento, con reverencia se abre la boca y se recibe, en ella, el Cuerpo y la Sangre de Cristo y se ingiere al instante. Estando ya frente al Cáliz no debe el comulgante persignarse antes ni después de comulgar, para evitar el golpearlo accidentalmente (al Cáliz).

Después de la Comunión:

Luego de recibir los Sacramentos, sin persignarse besar el borde del cáliz y retirarse hacia la mesa, para beber un poco de vino con agua tibia y servirse un trozo de prósfora (esta tradición tiene dos razones de ser: 1) El vino ayuda a ingerir completamente la Comunión, no permitiendo, de este modo, que queden restos de ella en la boca, 2) Para que repongan fuerzas aquellos que se mantuvieron en ayuno antes de comulgar).

No retirarse de la iglesia hasta haber escuchado en silencio las oraciones de agradecimiento. En el día de la Comunión, no escupir, no comer mucho, no embriagarse y en general comportarse con reverencia y orden, para "conservar en forma limpia a Cristo recibido".

Todo esto también es obligación para los niños mayores de 7 años de edad, que se acercan por primera vez a la Comunión.

\* \* \*

Para prepararse en forma correcta, para comulgar, existe una regla especial de oraciones que se pueden encontrar en los libros de oraciones más completos. Se compone de tres cánones: al Dulcísimo Cristo, a la Madre de Dios y al Ángel Guardián, un Akathistos y las oraciones antes de dormir; a la mañana las oraciones de la mañana, el canon a la Santa Comunión y las oraciones para antes de comulgar.

\* \* \*

*Recordemos que de los siete días de la semana, sólo uno (en el mejor de los casos) le dedicamos al Señor. Y es más, de ese día sólo una pequeña fracción. Por eso, estas reglas no son difíciles de cumplir con buena voluntad y sentimiento cristiano. Recuerda que en otras ocasiones de la vida te, son impuestas reglas que cumples sin renegar por el simple hecho de que quieres conseguir algo. ¿No quieres conseguir ser digno del Reino de Dios?*

## REFLEXIÓN ACERCA DE LAS DESGRACIAS HUMANAS

*¿Quién ha pecado, él o sus padres, para que haya nacido ciego?" (S. Juan 9: 2).*

¡Cuántos desdichados hay en el mundo! Cuántos de ellos han nacido ya desdichados y a quienes se les puede preguntar: ¿a causa de los pecados de quién han nacido así?

No sólo hay ciegos de nacimiento, sino también sordomudos, cojos, mancos y con otros defectos corporales lamentables. Hay personas que sufren de enfermedades hereditarias: las semillas de las enfermedades de los padres se descubren en los hijos y llenan de terribles sufrimientos la vida de éstos últimos. Hay asimismo enfermedades espirituales con las cuales nacen los desdichados, por ejemplo, con poco desarrollo mental e inclinaciones atroces. No hay duda de que muchos de éstos y otros nacidos de manera desafortunada sufren a causa de los pecados de sus padres. La naturaleza dañada ya por el pecado pasó de los padres a los hijos, y los pobres, según nuestro entendimiento, sufren de manera totalmente inocente la tortura merecida por otros, - ¡oh, Dios! qué grande es la responsabilidad de los padres cuyos pecados provocan consecuencias tan terribles en su descendencia!

Y cuántos desdichados he visto que, aunque no nacieron con sus enfermedades, pero las recibieron,

a mí parecer, sin ninguna culpa. Al saber de la causa de la enfermedad de alguno de ellos - que frecuentemente era o simplemente un descuido, o un accidente imprevisto - yo preguntaba: ¡Señor! ¿Por qué se castiga tan estrictamente a este desdichado, quien tiene incomparablemente menos pecados que yo?

Ví también personas que tenían un aneurisma en el pecho o en el cuello - enfermedad muy peligrosa. Ellos no podían hablar en voz alta, ni podían hacer ningún otro movimiento brusco, porque tal movimiento podía desgarrar el vaso sanguíneo inflamado en un instante, y con ello terminar con su vida. Ellos no sabían cuándo llegaría este terrible momento, pero podían aguardarlo a cada hora. Ví la muerte repentina de estos sufrientes. Pregunté a algunos de ellos y averigüé que la causa de su enfermedad eran, en su mayoría, hechos imprevistos, por ejemplo, la caída de un caballo o de un coche. ¡Misericordioso Señor! Tú me has librado de sufrimientos tan terribles, pero, ¿no merezco yo acaso por mis pecados un castigo aun mayor?

Conocí también a personas que padecían otras enfermedades internas agudas - inflamaciones,

cálculos, ataques de histeria y epilepsia. En muchos de ellos yo no encontraba ni la décima parte de los graves pecados que pesan sobre mi conciencia. Algunos de ellos sufrían de estas enfermedades, en sentido terrenal, de manera totalmente inocente. Por ejemplo, yo conocí a personas que sufrían de epilepsia a causa de su sensibilidad excesiva, que no podía sobrellevar ningún temor o gran pena. Los sufrimientos de estas personas me provocaban espanto. ¡Dios mío! No permitas experimentar tales martirios pero, ¿en qué soy yo mejor que los demás?

Mencionaré otro caso. Ví una persona afectada por la espantosa enfermedad del cáncer. La terrible enfermedad carcomió toda la cara del desdichado, puso al descubierto sus dientes y su mandíbula. Al ver por primera vez esta terrible descomposición en una persona viva yo comencé a temblar de horror. Viéndolo una segunda y tercera vez le pregunté al sufriente si conocía dentro de sí algún pecado grave. El campesino de alma simple con lágrimas reconoció delante de mí, que no conocía otros pecados graves dentro de sí mas que él alguna vez, aún durante su juventud (el desgraciado tenía alrededor de 60 años) se dedicaba a la distribución de vino y mezclaba el vino con agua. ¿Es posible que por este único pecado reciba tal penitencia? ¿Acaso no merecemos un castigo mil veces mayor nosotros cuando, no vino con agua, sino que mezclamos la verdad con el engaño o la mentira?

¡Cuántos desdichados más he visto! De ellos están repletos los hospitales comunitarios, los manicomios, los hospicios ¡se los encuentra en los mercados o ante los templos, y cuántos de ellos aún se esconden en algún lugar debajo de techos de paja! Su vida es frecuentemente mucho más desgraciada que la de aquellos que son conocidos. Al ver a estos sufrientes siempre viene a la mente la siguiente pregunta: ¿a causa de qué sufren ellos?, y otra pregunta: ¿por qué yo y otros, pecadores al igual que yo, experimentamos tan pocos sufrimientos?

Tal vez observándome a mí y a sufrientes semejantes a mí, las personas piadosas y bienhechoras preguntan junto con el rey David: "¿Hasta cuándo los impíos, hasta cuándo, ¡oh! Dios, se gozarán los impíos?" (salmo 93: 3). "No están ellos en trabajo humano ni son azotados con los otros hombres" (salmo 72:5). O junto con el profeta Jeremías: "Tú llevas la razón, Dios, cuando discuto contigo; no obstante, voy a tratar contigo un punto de justicia.

¿Por qué tienen suerte los malos, y son felices todos los felones?" (Jeremías 12: 1). Acerca de algunos afortunados - desde el nacimiento y luego del mismo- se puede preguntar también: ¿quién fue merecedor, ellos o sus padres, para ser tan felices?

¿Dónde está la respuesta a todas estas preguntas?

El santo rey David encontró la respuesta a su pregunta en el santuario de Dios: "Pensaré pues para saber esto: es a mis ojos duro trabajo. Hasta que venido al santuario de Dios, entenderé la postrimería de ellos" (salmo 72: 16-17).

En los últimos minutos de un pecador, aparentemente feliz al momento, está la determinación de su destino. Y aquí sus últimos momentos resultan ser a menudo la destrucción de toda su aparente felicidad, de la cual él pensaba disfrutar eternamente. Pero el castigo definitivo de un pecador no arrepentido, el último de los últimos, está en la eternidad.

¿Qué decir de los desafortunados, inocentes según nuestra opinión? No podemos decir de todos lo mismo que se dice en el Evangelio acerca del ciego de nacimiento: "no ha pecado este, ni sus padres..." porque es bien sabido que muchos sufren o bien por los vicios de sus padres, o bien por sus pecados, que ellos mismos a veces no consideran tales. Pero lo que agregó el Salvador al referirse al ciego, se puede decir de todos los así llamados sufrientes: "que se manifiesten sobre ellos las obras de Dios".

¿Qué obra de Dios exactamente debe manifestarse en este o aquel - esto o no se nos da a conocer en absoluto o lo averiguamos a través de muchos años de sufrimiento. ¿Quién sabía la obra de Dios que debía manifestarse en el inocente José cuando él, vendido a Egipto, sufría como prisionero? ¿Quién podía prever qué pasaría luego con Job, cuando él, a causa de una gran enfermedad, maldecía el día de su nacimiento sentado sobre un montículo de ceniza y cubierto de escaras espantosas? A veces no conocemos en absoluto el objetivo especial de la Providencia Divina: ¿qué de ello? ¿No sabemos acaso, no estamos totalmente seguros de que todo depende de la sabiduría y bondad de Dios, que sin la voluntad del Padre celestial no cae ni un cabello de nuestra cabeza, que el Todopoderoso y Buenísimo de nuestra maldad puede extraer, para nosotros o para otros, un grandísimo bien? A veces el Señor priva a alguien de la vista, pero ilumina sus ojos espirituales: ¿no es esto un bien mayor? A veces envía a una persona debilidad corporal, pero a través del sufrimiento fortifica su espíritu, ¿no es más valiosa esta salud que la corporal? Poniendo a la persona en la situación más calamitosa, lo obliga a él mismo a recurrir con más frecuencia a la misericordia de Dios, y a otros les da la posibilidad de demostrar amor al desdichado hermano, ¿no es esto más valioso que todas las riquezas y tesoros del mundo? Quitándole algunos miembros o su utilidad, el Señor pone una barrera a muchas grandes transgresiones que, de presentarse, seguramente caerían sobre la conciencia del desdichado de hoy, si él gozara de una total salud. ¿Y cuántos otros bienes tal vez nos alcanza el Buenísimo Padre celestial por medio de nuestras desgracias? Se asevera en la palabra de Dios que el cristiano virtuoso y paciente tanto más se renueva en la persona interior, cuanto más se corrompe en lo exterior, y un ligero sufrimiento causa para él una gloria eterna en gran superabundancia (II Cor. 4: 16-17).

No debe turbarnos ver los sufrimientos de personas aparentemente inocentes, el cristiano debe hasta alegrarse de estos padecimientos, cuando ellos le

sucedan. Es más justo perturbarse de espíritu cuando reconocemos dentro de nosotros una gran cantidad de pecados y entretanto no soportamos aquí castigo alguno de Dios. ¡Oh! Tal vez somos tan felices aquí porque no somos dignos de un bien mayor en la eternidad. Tal vez la justicia de Dios ya nos encuentra indignos de los castigos de purificación actuales, o incapaces de la purificación, tal vez nosotros ya no somos hijos, sino, según la expresión del

apóstol "bastardos", cuando quedamos "sin el castigo como lo hace con todos" (Hebreos 12: 8) los hijos verdaderos, y recibiendo bienes en esta vida, debemos esperar el destino más lamentable en la futura. ¡Santísimo y Buenísimo Señor! Que tu benevolencia para conmigo en esta vida no agrave mis martirios en la eternidad. ¡No, Dios mío, mejor soportaré aquí lo que plugulere a tu toda buena voluntad, pero apládate de mí en tu temible juicio!

## Íconos de la Santísima Madre de Dios

### Ícono Andrónico (Andrónico)

Conmemorado el 1º de mayo, 8 de julio y 22 de octubre

Este ícono se hallaba entre los tesoros espirituales más venerados por el emperador bizantino Andrónico III Paleólogo (que reinó de 1328 a 1341). Tras su muerte fue donado al monasterio Monembrasia de Morea, sur de Grecia. Cuando en 1821 los turcos invadieron Grecia, destruyendo docenas de pueblos y ciudades, el Superior del monasterio, obispo Agapio, tomó el milagroso ícono Andrónico y marchó con él a la ciudad de Pabras, donde lo ocultó. Antes de morir confió el ícono a uno de sus parientes, el cónsul general de Rusia, N. I. Vlasopoulos, cuyo hijo envió en 1839 el ícono al Zar Nicolás I, en S. Petersburgo.



Por casi 30 años el ícono Andrónico fue conservado en el Palacio de Invierno. Luego fue llevado a la Catedral de la Trinidad y más tarde, en 1877, fue transferido al convento del Ícono de Kazán de la Madre de Dios, en Tver.

El ícono Andrónico es inusual por cuanto muestra a la Madre de Dios sin el Niño Dios, Cristo Niño. A la derecha del cuello hay una mancha de sangre. Presenta una riza de plata recamada de brillantes y piedras semipreciosas. El marco de plata dorada lleva la inscripción "Este honorable y santo ícono es un obsequio

del piadoso emperador Andrónico a Monembrasia".

### Calendario de la Iglesia Ortodoxa Rusa del año 1994

#### Agosto

ESTILO		Nuevo - Viejo	
Do	14	1	<b>Domingo 8º después de Pentecostés.</b> Procesión de la Santa y Vivificadora Cruz de Nuestro Señor. Los 7 Macabeos con su madre Salomé y su maestro Eleazar. (I Cor. 1:10-18; S. Mat. 14:14-22; a la Cruz: I Cor. 1:18-24; S. Juan 19:8-11, 13-20, 25-28, 30-35). (Comienzo de la abstinencia de la Dormición).
Lu	15	2	Traslado de las reliquias de San Esteban, Protomártir y Archidiacono. San Basilio de Moscú, Orate por Cristo.
Ma	16	3	Santos Isaac, Dalmacio y Fausto, ascetas. San Antonio, el Romano, abad de Novgorod (1147). Santa Salomé, Mirófora.
Mi	17	4	Los siete jóvenes santos de Efeso. Santa Eudocia, Mártir. San Nicolás, Nuevo Hieromártir († 1930).
Ju	18	5	<b>Prefestivo de la Transfiguración.</b> San Eusignio, mártir de Antioquia. Santa Nonna, madre de San Gregorio el Teólogo. San Favio, Papa de Roma.
Vi	19	6	<b>TRANSFIGURACIÓN DE NUESTRO SEÑOR.</b> (II Pedro 1:10-19; S. Mateo 17:1-9). San Sergio, Nuevo Hieromártir († 1930).
Sa	20	7	San Dometio, mártir de Persia y sus dos discípulos. San Pimen, el Enfermo de las Grutas de Kiev (1110).
Do	21	8	<b>Domingo 9º después de Pentecostés.</b> San Emiliano, el Confesor. San Mirón, obispo de Creta. (I Cor. 3: 9-17; S. Mateo 14: 22-34).
Lu	22	9	<b>San Matías, Apóstol.</b> San Macario, abad de Oredesh.
Ma	23	10	San Lorenzo, Archidiacono y Mártir en Roma.
Mi	24	11	San Euplos, Archidiacono y Mártir en Catania. Santa Susana, virgen y mártir. San Teodoro, príncipe de Ostrog.
Ju	25	12	San Fotio, mártir de Nicomedia.
Vi	26	13	<b>Apódosis de la Transfiguración.</b> San Máximo, el Confesor. Descubrimiento de las reliquias de San Tijon, obispo de Voronezh, taumaturgo de Zadonsk y toda Rusia (1861). Santos Nuevos Hieromártires Benjamín, metropolitano de San Petersburgo y Sergio, archimandrita y los martirizados con ellos († 1921).
Sa	27	14	<b>Prefestivo de la Dormición.</b> San Miqueas, Profeta. San Marcelo, Hieromártir. San Arcadio de Novotorg (siglo XI).
Do	28	15	<b>Domingo 10º después de Pentecostés.</b> <b>DORMICIÓN DE LA SANTÍSIMA MADRE DE DIOS.</b> (I Cor. 4: 9-16; S. Mat. 17: 14-23; M. de Dios: Filip. 2: 5-19; S. Luc. 10: 38-42; 11: 27-28).
Lu	29	16	<b>Traslado de la imagen (no realizada por mano de hombre)</b> de Nuestro Señor Jesucristo, de Edessa a Constantinopla. El santo Mártir Diomedo.
Ma	30	17	San Mirón, mártir y presbítero. San Alipio, iconógrafo de Kiev.
Mi	31	18	Santos Floro y Lauro, mártires de Iliria. Santos Juan y Jorge, Patriarcas de Constantinopla.
Ju	1 s.	19	San Andrés, el estratega, mártir y 2593 martirizados con él en Sicilia. San Pitirim, obispo de Perm (siglo XV).
Vi		20	San Samuel, Profeta.
Sa		21	San Tadeo, Apóstol de los 70. San Abrahamio, archimandrita y taumaturgo de Smolensk (siglo XIII).
Do		22	<b>Domingo 11º después de Pentecostés.</b> Santo Monje Isaac (primero) de Optina. San Etrén y San Juan, Nuevos Hieromártires († 1918). (I Cor. 9:2-12; S. Mateo 18: 23-35).
Lu		23	<b>Apódosis de la Dormición.</b> San Lupo, Mártir. San Irineo, obispo y mártir de Lyon.
Ma		24	San Eutiquio, mártir, discípulo de San Juan el Teólogo. Traslado de las reliquias de San Pedro, Metropolitano de Kiev y taumaturgo de toda Rusia (1479). Santa Sira, virgen y mártir.
Mi		25	Retorno de las reliquias del Apóstol Bartolomé de Anastasiópolis a Lipari. San Tito, apóstol de los 70, obispo de Creta.
Ju		26	Santos Adrián y Natalia, mártires de Nicomedia. Fiesta de la Madre de Dios en honor de su ícono en Vladimir.